

trecha amistad con la casa de Sales. Antonio Favre, que era el mayor ornamento del Senado de Saboya, del cual fue despues primer presidente, acojió al joven candidato como al hijo de uno de sus mejores amigos, llevando su bondad hasta consagrarle todos los dias varias horas para prepararle, por medio de conferencias, á las pruebas que tenia que sufrir; y no tardó en reconocer que el joven estaba á la altura de la ciencia requerida, presentándole con seguridad en el éxito, primero al presidente Pobel y luego al Senado, que nombró al senador Crassus para examinarle. Este le examinó, en efecto, y admirado de la sabiduría y de la solidez de las respuestas que obtuvo sobre las cuestiones propuestas, hizo la relacion mas honorífica del joven candidato. En conformidad con esta declaracion, la augusta Asamblea decidió unánimemente la recepcion del pretendiente, y el 24 de noviembre de 1592 fue recibido y proclamado en sesion solemne, abogado del colegio de Saboya. Francisco en esta circunstancia creyó deber dar públicamente gracias al Senado, é inspirándose en su fe, mezcló á la espresion de su reconocimiento personal un magnífico elogio de la justicia, que presentó como la mas hermosa de todas las virtudes y complemento de todas ellas, bajada del cielo y nacida de Dios, lazo del mundo, paz de las naciones, apoyo de la patria, salvaguardia del pueblo, fortaleza de un pais, proteccion del débil, consuelo del pobre, herencia de los hijos, alegría de todos los hombres,

París, y estudió el Derecho en Turin con Aldo Manuel con tanto ardor, que empleaba en él hasta catorce horas diarias. Despues de brillantes estudios, fue abogado en el Senado de Chambery, luego senador, y por último, primer presidente del Senado. Ha dejado diez volúmenes en fólío de obras estimadas sobre Jurisprudencia. No tenia menos piedad que ciencia. Desde su juventud se confesaba y comulgaba cada ocho dias, y conservó hasta la muerte esta santa práctica. San Francisco de Sales dice de él (prólogo del *Estandarte de la Santa Cruz*, p. 215), que era una de las almas mas ricas y mejor formadas que hubo en su siglo, y que por una rara maravilla, sabia admirablemente unir la esquisita devocion de que estaba animado, con la singular vigilancia que tenia en los negocios públicos. (*Diccionario de Saboya*, t. II, p. 215). — *Vida de la Madre Favre*, pag. 4.

y esperanza de una felicidad eterna para los que la administran dignamente.» (1)

Este discurso, pronunciado con gracia y dignidad, sorprendió á todos los oyentes. El presidente Pobel declaró no habia admitido nunca persona que le pareciese mas digna de entrar en el orden de los abogados; la voz pública le destino desde entonces á la dignidad de senador; pero nadie gozó tanto con el triunfo del nuevo abogado como el senador Favre. Durante la estancia del Señor de Villarogot en Chambery, aquel habia tenido tiempo de estudiarle y de conocerle, y por consiguiente de admirarle y de amarle. Francisco, por su parte, habia podido apreciar todas las nobles cualidades del senador. Aquellos dos corazones, tan bien formados el uno para el otro, se habian comprendido, y se formó desde entonces entre sus dos hermosas almas una amistad tan íntima, que en adelante se trataron siempre como dos hermanos, llamándose con este dulce nombre, tanto en sus frecuentes correspondencias como en sus conversaciones privadas.

El Señor de Villarogot, despues de haber recibido su título de abogado, se detuvo poco en Chambery; pero al volver á Annecy y al atravesar la selva de Sonaz, le sucedió una cosa estraña. Habiendo tropezado su caballo por la desigualdad del camino, cayó debajo de él; la vaina de su espada, desprendida de la cintura, cayó en tierra, y habiéndose salido la espada de la vaina se colocó encima, atravesada de modo que formaba una cruz perfecta. Francisco quedó sorprendido; pero como era el menos supersticioso de los hombres, no dió importancia á un hecho que podia ser efecto de la casualidad: volvió á montar á caballo despues de haberse ceñido mas fuertemente la espada y la vaina. Habiéndose caido segunda vez el caballo á pesar de esta precaucion, en un camino llano, la espada y la vaina se desprendieron como antes y formaron una cruz perfectamente regular, como si alguno la hubiera hecho

(1) Carlos Aug., p. 43.

intencionalmente. La repetición de este hecho causó en el alma de Francisco una impresión más profunda, lo que no le impidió, sin embargo, montar á caballo sin detenerse, y continuar su camino. Pero cuando poco tiempo después vió repetirse lo mismo por tercera vez, pensó que quizás era esto un aviso del cielo para que dejase las armas de seglar y siguiese el estandarte de la cruz, y tomó de aquí ocasión para examinar si había llegado el momento de seguir la inclinación, que nunca había variado desde su más tierna infancia (1). Se descubrió á su ayo, que había visto también el triple prodigio, le declaró que aborrecía el mundo, que hacia tiempo había formado el firme propósito de servir á Dios en el estado eclesiástico, y que no esperaba para ejecutarlo sino el consentimiento de su padre. El Señor Deage no quiso encargarse de pedirlo, pues conocía toda la dificultad de semejante comisión; y sin aprobar ni combatir el proyecto, se limitó á hacer hablar á Francisco, para tener de él más amplia explicación de sus designios.

Llegados al castillo de la Thuille, contaron detalladamente al Señor de Boisy lo que había pasado en Chambery. Estas noticias aumentaron la alegría y las esperanzas que aquel padre feliz fundaba en su hijo. Ya se le representaba ocupando en el mundo los puestos más eminentes, celebrado por la voz de la fama, siendo la gloria de su nombre y el honor de su familia. Francisco alimentaba en su alma pensamientos muy diferentes: la idea de su vocación al estado eclesiástico le perseguía sin cesar. Creyó debía confiarla á su piadosa madre, prometiéndose, que no solo no se opondría, sino que emplearía su influencia con el Señor de Boisy, para arrancar á este buen padre un consentimiento tan penoso. Como madre prudente y discreta, la Señora de Boisy opuso primero alguna resistencia, para probar la vocación de su hijo; pero así que re-

(1) Carlos Aug., p. 43.—Dep. del canónigo Gard y de Francisco Favre.—El P. la Riviere, p. 98.

conoció que esta vocación venía del cielo, hizo generosamente el sacrificio de todas las bellas esperanzas que le ofrecía para el mundo el mérito brillante de este querido hijo, aplaudió su designio, le prometió secundarlo con todo su poder, y aun le mandó hacer por anticipado, en secreto, una sotana y todo lo demás del traje eclesiástico para que pudiese vestirlo el mismo día en que su padre diese el consentimiento (1). Así es como esta virtuosa Señora cumplía el compromiso que había contraído en presencia del santo Sudario. Entonces había dicho á Jesucristo que le consagraba su hijo, que le pertenecería más que á ella, y ahora se lo entregaba á Dios, que le reclamaba.

Francisco, no contento con descubrirse á su madre, comunicó también su designio á su primo, Luis de Sales, que había estudiado en otro tiempo con él en Annecy, y era entonces canónigo, rogándole hablara á su padre. El canónigo Luis acogió esta confianza con gusto, prometió ayudarle, pero añadió que no se debía precipitar nada, sino esperar con paciencia la ocasión favorable para hablar de ello al Señor de Boisy, y entre tanto orar mucho y guardar el mayor secreto. Cuatro meses trascurrieron sin que el canónigo juzgase prudente decir nada; y Francisco, suficientemente instruido en la piedad para saber que se deben esperar en paz los momentos señalados por el Señor para el cumplimiento de sus designios, habría sufrido sin pena tan larga dilación, si no hubieran querido arrastrarle á una determinación enteramente contraria. Por este tiempo el Señor de Boisy, siempre preocupado con los grandes proyectos que tenía sobre él, pensó casarle con la Señorita de Suchet, hija única del Señor de Végy, la cual unía á una gran fortuna, y á todo lo que puede hacer á una persona amable según el mundo, las más excelentes cualidades de inteligencia y de corazón. El primer paso para conseguirlo fue una visita á esta señorita, que habi-

(1) Casa de Sales, p. 194.

taba entonces con sus padres en Sallanches, en el Faucigny (1). Francisco, aunque estremadamente contrariado con este viaje, creyó debía prestarse por condescendencia á la voluntad del Señor de Boisy, no considerando oportuno manifestar su designio, en un tiempo en que su padre estaba tan preocupado con el pensamiento de establecerle. Fué, pues, con él á Sallanches, pero llegado allí se mantuvo en los deberes comunes de la cortesía, procurando mas bien parecer frio que espresivo, y no dejando entrever nada que pudiera hacer creer que habia ido por otra cosa mas que por una simple visita. Al salir de allí, el Señor de Boisy, afligido por esta conducta, le dirigió vivas quejas, que el santo joven recibió con los ojos modestamente bajos, sin responder nada. Algunos dias despues le llevó á hacer una segunda visita, esperando que su reprension produciria sus efectos; pero en vano: la reserva de Francisco fue la misma. Su corazon era en todo para el estado eclesiástico, y todo lo demás le disgustaba. «Toda mi alegría, decia á uno de sus amigos que encontró al volver de este viaje, está en las palabras que el Señor deja á menudo oír á mi alma: *Entraré en la casa del Señor. Allí habitaré, porque la he escogido para lugar de mi morada* (2). Por obedecer á mi padre, añadió, he visto á la señorita que su bondad me destinaba; posee ciertamente muy buenas cualidades y virtudes, y merece mejor partido que el mio; en cuanto á mí, *Dios solo es mi parte para siempre* (3). No quiero ni he querido nunca mas que ser eclesiástico.» (4) Esta oposicion á un enlace tan ventajoso afligió al Señor de Boisy, que rogó y suplicó encarecidamente á su hijo no contrariase sus deseos, uniendo á estas vivas instancias las observaciones de aquellas personas que creía capaces de tener alguna influencia so-

(1) Carlos Aug., p. 44.

(2) Salm. V y CXXXI.

(3) Salm. XV.

(4) Carlos Aug., p. 45.—El P. la Riviere, p. 95.

bre su alma: todo fue inútil, y Francisco permaneció inalterable en su resolucion.

Mientras que el Señor de Boisy se ocupaba de este modo del porvenir de su hijo, llegó de Turin el baron de Hermance, trayendo á la familia de Sales la noticia de la intencion que tenia el príncipe de Saboya, de conferir al Señor de Villaroget la dignidad de senador en el Senado de Chambery (1). Esta disposicion del príncipe, sin haber precedido solicitud ni servicio, y fundada únicamente en la fama de un mérito superior, era el presagio seguro de una brillante carrera, y permitia esperar todo lo que el mundo y la corte pueden ofrecer de mas magnífico. Esto era mas de lo que se necesitaba para afirmar en su proyecto al Señor de Boisy. Pero Francisco, firmemente resuelto á entregarse á Dios, declaró que nada en el mundo le haria consentir en aceptar esta alta dignidad.

En vano su amigo el senador Favre, que se hubiera considerado feliz en tenerle por colega, le hizo las mas vivas instancias, procurando persuadirle que esta dignidad no sería un obstáculo á su vocacion; que el estudio de la jurisprudencia se hermanaba muy bien con la Teología; que el Senado contaba entre sus miembros varios eclesiásticos de gran mérito; y que podria como ellos hacer mucho bien. A todos estos razonamientos, Francisco opuso las palabras del Apóstol (2): *Nemo militans Deo, implicat se negotiis sæcularibus*. «No quiero dividirme entre Dios y el mundo; quiero ser eclesiástico y no otra cosa.» (3) Fue, pues, necesario abstenerse de las pequeñas gestiones que hubieran hecho su nombramiento definitivo. Mientras que huia así de las grandezas del mundo, su hermano Luis, acostumbrado á mirar sus consejos como oráculos, delibe-

(1) *Senatoriam dignitatem tibi nuper nihil minus cogitanti ultro destinavit, confestim haud dubie collaturus, si plus apud te principis judicium quam modestia tua valisset.* (Carta del senador Favre al Santo, XVII de la coleccion de 1821, pag. 66.)

(2) II Timot., 2.

(3) Dep. del Señor de la Rua.

raba con él sobre su propia vocacion. Francisco, que honraba todos los estados como establecidos por Dios para bien de la sociedad, examinó el asunto con la mas perfecta imparcialidad, y viendo la inclinacion de su hermano hácia el estado seglar y su poca aficion al estado eclesiástico, le aconsejó siguiera su vocacion, se perfeccionase en los ejercicios exteriores propios de un caballero y se uniera á la corte del Duque de Nemours, que residia entonces en el castillo de Annecy; pero al mismo tiempo le recomendó con instancia se mostrara abiertamente fiel cristiano, y exacto observador de las leyes de Dios y de la Iglesia; sabios consejos que Luis puso en práctica tan perfectamente, que mereció ser puesto como modelo á toda la corte por el príncipe mismo, edificado por su admirable conducta. Entre tanto que Francisco colocaba así á su hermano segun su vocacion, suspiraba en silencio esperando el momento en que pudiera llegar á realizar la suya. Este momento llegó al fin de la manera que menos lo esperaba.

Habiendo muerto en este tiempo el prepósito (1) del cabildo de Ginebra, el canónigo Luis de Sales, á quien Francisco, como hemos visto, habia puesto en el secreto de su vocacion, pensó que el brillo de esta dignidad, lisonjera para el corazon de un padre, podria determinar al Señor de Boisy á consentir en que su hijo abrazara el estado eclesiástico. En su consecuencia, despues de haber tomado consejo del Obispo, y sin decir nada al santo aspirante, hizo solicitar en la corte de Roma, para el Señor de Villaroget, el título de prepósito, cuya colacion pertenecia al Papa. El negocio fue prontamente despachado, y en el mes de mayo de 1593 llegaron las bulas. El canónigo Luis partió al punto para llevarlas á Francisco, y se las hizo aceptar como la solucion de la dificultad que le detenia ante las puertas del santuario.

Al primer anuncio de una noticia tan inesperada, la

(1) Se llamaba prepósito el que ocupaba la primera dignidad del cabildo; hoy se le llama dean.

sorpresa del santo joven fue extrema; su nombramiento para la dignidad de prepósito le parecia un sueño (1); pero cuanto mas extraordinario lo encontraba, mas veia en ello la mano de la Providencia, que por aquel medio queria facilitarle la entrada en el sacerdocio, y correspondiendo sin tardanza á los designios de Dios, fue á hablar á su padre. Despues de los preámbulos preparatorios al objeto de su visita, le declaró sencillamente que habia tenido toda su vida una inclinacion invariable al estado eclesiástico; que no queria ninguna otra carrera; y que le pedia licencia para seguir el camino por donde Dios le llamaba. «He aquí, añadió, las bulas del Papa, por las que me nombra prepósito del cabildo de Ginebra. Es, ya lo sabeis, la primera dignidad de la diócesis despues de la del Obispo; la Providencia me lo ha proporcionado sin yo saberlo.» Sorprendido el Señor de Boisy al oir esto, quedó por algunos instantes como estupefacto, no atreviéndose á dar crédito á sus ojos y á sus oidos; luego, vuelto en sí prorumpió en amargas quejas, alegando que un hijo no debia abandonar al borde de la tumba á un padre que estaba próximo á descender á ella, sino, por el contrario, hacerse un deber de religion servirle de báculo en su ancianidad; que la plaza de prepósito no era de aquellas altas dignidades á las cuales sus talentos le daban derecho á pretender en el mundo; que tantos años empleados en el estudio de la jurisprudencia, iban á ser tiempo perdido; que además un paso semejante pedia maduras reflexiones; y que mas tarde se vería lo que convenia. Francisco, sin desanimarse por estas respuestas dilatorias, que con frecuencia son el equivalente de una negativa, hizo presente, que obligándole el cargo de prepósito á residir en Annecy, cerca de su familia, podria cumplir con todos los deberes de piedad filial hácia su amado padre, y prestar á sus hermanos todos los servicios de que fuese capaz, pero que una deliberacion mas madura era cosa innecesaria, pues que

(1) Carlos Aug., p. 46.

su inclinacion al estado eclesiástico habia empezado desde su mas tierna edad; que con el designio de abrazar este estado habia recibido la tonsura en Clermont, hecho voto de castidad en París, y renovado en Padua la resolucion de consagrarse enteramente al servicio de los altares; que en Loreto se habia confirmado mas fuertemente que nunca en esta resolucion; y que últimamente Dios le habia hecho conocer, con un prodigio, que queria fuera su ministro bajo la bandera de la santa Cruz. Entonces Francisco contó lo que le habia sucedido en la selva de Sonaz, y arrojándose á los pies del Señor de Boisy: «¡Oh padre mio! le dijo deshecho en lágrimas, yo os ruego y os suplico humildemente me concedais el permiso que os pido, y me bendigais en el nombre del Señor al entrar en este nuevo estado.»

El Señor de Boisy, aunque dotado de un alma enérgica y fuertemente templada, no pudo menos de conmovirse entonces (1), y mezclando sus lágrimas con las de su hijo, permaneció algun tiempo sin articular una palabra ni saber qué partido tomar. La fe le inclinaba á ceder á la vista de unas señales tan manifiestas de la voluntad de Dios, pero la naturaleza, afligida por lo que perdía, se resistía, y en el fondo de su alma habia un combate violento, una lucha terrible, sintiéndose como arrastrado por dos fuerzas contrarias; pero al fin, en aquel corazon profundamente cristiano triunfó la fe. «Pues bien, hijo mio, le dijo dando un profundo suspiro, puesto que me aseguras que es Dios quien te ha inspirado esta resolucion, creo en tu palabra. Haz lo que el Señor pide de ti: ¿quién soy yo para resistirle?» Luego, estendiendo sus manos trémulas sobre la cabeza de Francisco, que continuaba á sus pies: «Que Dios, añadió, por cuya inspiracion abrazas este estado, te bendiga mil y mil veces, hijo mio, y en su nombre te doy mi bendicion paternal.—¡Ah! bendito sea el Señor! exclamó entonces Francisco en el colmo de su ale-

(1) Carlos Aug., p. 47.

gría; me ha concedido hoy lo que deseaba hace mucho tiempo, y nada podrá ya impedirme ser todo suyo. Bendito seais tambien, padre mio, pues acabais de darme la prueba mas inequívoca de vuestra ternura: toda mi vida os conservaré el mas profundo reconocimiento.» El santo joven, que hasta entonces habia permanecido de rodillas, se levanta, se arroja al cuello de su padre y los dos se estrechan en mútuos abrazos, confundiendo sus lágrimas y su amor.

El Señor de Boisy, penosamente conmovido hasta lo mas íntimo de su alma por una escena tan tierna, cayó enfermo y se temió algun tiempo por su vida, pero felizmente la emocion se calmó, y la enfermedad no tuvo graves resultados. Francisco, mas dulcemente impresionado y lleno de un santo gozo, vistió aquel mismo dia, 13 de mayo de 1593 (1), la sotana que su virtuosa madre le habia hecho preparar hacia largo tiempo; y este cambio de traje no fue para él una vana ceremonia, pues jamás novicio alguno tomó el hábito religioso con mayor piedad y humildad. Un testigo de la devocion con que se vistió el traje sacerdotal quedó tan admirado, que se le escapó decir: «En verdad, parece que tomais el hábito de capuchino.—Ah, Señor, contestó el nuevo clérigo, tomo el hábito de San Pedro, y solo por dispensa estamos secularizados en el exterior, pero en el interior debemos ser religiosos bajo la regla y vínculos del príncipe de los Apóstoles.» Por eso este dia se señaló en su vida como uno de los mas hermosos, como aquel en que, segun su espresion, habia tomado la coraza y el escudo y se habia alistado en la milicia de Jesucristo (2).

Poco despues partió para Annecy, siendo su llegada en trage de eclesiástico un gran motivo de gozo para toda la ciudad. Todos creían ver en él un nuevo astro que se le-

(1) En una carta del 13 de mayo de 1615, dice: «Empiezo el año veintitres de mi vida en el estado eclesiástico.»

(2) Año santo de la Visitacion, 10 de mayo.

vantaba sobre la diócesis de Ginebra, y todos los que deseaban la gloria de Dios, el bien de la religion y la salvacion de las almas, bendecian al cielo por los grandes bienes que esperaban de su futuro ministerio. El Obispo se alegró mas que todos, proclamando que el Señor de Villaroget era un auxiliar poderoso que le habia sido enviado de lo alto para ser su consuelo y su corona. Habiendo señalado los miembros del cabildo, que participaban de su alegría, el 26 de mayo, víspera de la Ascension, para que tomase posesion el nuevo prepósito, todos los habitantes quisieron tomar parte en esta ceremonia como en una fiesta pública, y los músicos de la ciudad, deseosos de realzar la pompa con la armonía de sus acordes, acudieron á mezclar con los cánticos de la Iglesia sus instrumentos y sus voces. La ceremonia empezó por el examen de las bulas pontificias, que fueron reconocidas como auténticas, dando de ellas lectura pública y solemne. Luego, como el cabildo, segun sus constituciones, no admitia en su corporacion sino doctores ó nobles, se hizo constar que el nuevo elegido no solo tenia uno de estos títulos, sino que poseia ambos en grado eminente, puesto que habia recibido el grado de doctor en la Universidad de Padua, que descendia de una noble é ilustre casa, muy antigua en su nobleza y siempre pura en la fe, y por último, que la gloria de sus abuelos brillaba sin ninguna mancha.

Habiéndose llenado estas formalidades, fué declarado prepósito segun el rito acostumbrado, despues de lo cual, tomando la palabra desde lo alto de su silla, dirigió á los canónigos un discurso, donde se pudo admirar igualmente su modestia, su piedad y su ciencia (1). Comenzó por decir cuán indigno se consideraba del honor de ocupar aquel puesto, tan joven aún, sin luces y sin esperiencia, novicio, extraño á los ejercicios de la milicia sagrada, *prius prepositus quàm positus, præfectus quàm factus*. Una dignidad tan grande en un sujeto tan indigno, no se debia

(1) Opusc., p. 48.—Carlos Aug., p. 48.

considerar sino como una piedra preciosa en el fango, pudiéndosele aplicar aquellas palabras de David: *¿Por qué os levantaís antes del día? No os levanteis sino despues de haberos sentado en las filas inferiores* (1). «Penetrado de estos pensamientos, continuó, me decia á mí mismo: Tú, que no mereces sino el último lugar, ¿te atreverás á colocarte á la cabeza de los primeros del clero? ¿Ignoras que los honores están llenos de cargas y de peligros? Y entonces se presentaban á mi espíritu las palabras del Profeta: *Señor, he oido las palabras que me habeis dirigido, y he quedado helado de espanto* (2).

«Pero hoy, al encontrar en vosotros, venerables Padres, tan benévola acogida, á mi temor han reemplazado la confianza y la alegría..... Que tema el que está colocado al frente de personas difíciles de ser contenidas en el deber; ¿pero qué puede temer el prepósito de un cabildo cuyos miembros poseen toda la modestia, la firmeza, la prudencia y la caridad que se pueden desear en los primeros puestos, sin que haya uno solo que no merezca ser prepósito?.... El cargo de maestro es fácil donde no hay nada que enseñar; y cualquiera puede ser piloto cuando los vientos favorables conducen por sí solos el navío..... No se me oculta que debeis decir como el poeta:

» *Quis novus hic nostris successit sedibus hospes?* (3)

«Pero para vuestro consuelo, venerables Padres, dignaos recordar que Dios acostumbra emplear para la ejecucion de sus mas grandes designios los instrumentos mas débiles, y sacar de la boca de los niños la mas perfecta alabanza, para que á Él solo sea referida la gloria de todo bien.»

Despues de este discurso Francisco se retiró, dejando á toda la asamblea satisfecha de las buenas palabras que

(1) Ps. CXXVI.

(2) Habac. III.

(3) ¿Quién es este que acaba de llegar y viene á sentarse en nuestros asientos?